

LA CULTURA DE PAZ COMO HORIZONTE SOCIAL: DIÁLOGO CON LA DRA. MARÍA GABRIELA VILLAR GARCÍA

Alma Elisa Delgado
Coellar y Daniela
Velázquez Ruiz



1. Desde su formación en Estudios para la Paz y Humanidades, ¿cómo concibe usted el concepto de cultura para la paz y de qué manera este se traduce en acciones concretas dentro de la universidad pública, más allá de un marco discursivo o normativo?

Concibo la cultura para la paz como una construcción, social, histórica y educativa. En el contexto de la cultura, esta se refiere a todo aquello socialmente aprendido, a todos esos aspectos que se transmiten de generación en generación según el grupo al que se pertenece; por lo tanto, la paz está estructurada a partir de significados y símbolos que se recrean en el imaginario colectivo de los grupos sociales. Es una idea culturalmente preconcebida que hay que cambiar, y hay que hacer que se entienda su magnitud en el contexto global contemporáneo.

En términos generales, construir paz implica implementar acciones que permitan modificar conductas, actitudes y formas de pensamiento en un contexto de violencias, lo que supone transformar y prevenir las causas que detonan conflictos y también derivan en violencias. Esta idea rebasa la noción de que la paz se limita a la resolución de conflictos armados. La cultura de paz se entiende como un ejercicio multidisciplinario que reconoce el aporte de cada campo del conocimiento para intervenir también en los conflictos de la vida cotidiana, por lo tanto, no se agota en la enunciación normativa ni en el discurso

institucional, sino que se verifica —o se desmiente— en las formas como nos relacionamos cotidianamente, como interactuamos con quienes nos rodean y como resolvemos desde este contexto los conflictos que se nos van presentando en la convivencia social. En esta perspectiva, el punto de partida es asumir que la paz no equivale a la inexistencia de conflicto, sino a la capacidad de resolver o responder sin violencia y de reorganizar las condiciones culturales que nos impiden observar los conflictos como algo que podemos modificar si entendemos su raíz. Es aquí donde hay una premisa importante: si sabemos que la cultura o lo cultural puede cambiarse, entonces las raíces culturales de las violencias, incluidas las simbólicas, pueden cambiarse; por ejemplo, la noción de patriarcado. Por ello, pensar la paz exige interrogar las bases de la violencia cultural y simbólica que se naturaliza en discursos, imágenes, hábitos y jerarquías, particularmente cuando dichos dispositivos recaen sobre poblaciones vulnerables o vulneradas. Desde los estudios sobre la paz, la cultura se entiende como un proceso de enculturación: un entramado de símbolos y prácticas socialmente transmitidos que se aprende se reproduce y, objetivamente, puede transformarse. En consecuencia, la universidad pública, en tanto institución formadora y productora de sentido, tiene una responsabilidad estratégica: intervenir en los repertorios culturales que sostienen la violencia y producir mediaciones pedagógicas, comunicativas y organizacionales que habiliten la convivencia, la dignidad y la justicia social.

2. Usted ha desarrollado una trayectoria que articula la investigación académica, el trabajo colegiado en el cuerpo académico de Diseño Social y la gestión institucional desde la rectoría. ¿Cómo dialogan estas tres dimensiones en la construcción de programas estratégicos de cultura para la paz en la universidad?

Desde mi formación en Diseño y Estudios para la Paz y desde una trayectoria en el campo del diseño de la comunicación, creo que la Universidad debe traducir el horizonte de la cultura de paz en acciones verificables en distintas escalas interdependientes: el currículo, la gestión institucional, la vida cotidiana universitaria y la proyección social. En todas, pero principalmente en el currículo, hay grandes resistencias. En el plano curricular, la educación para la paz no puede permanecer como tema marginal o como actividad extraordinaria, observamos los últimos acontecimientos en nuestro país y no podemos dejar de insistir o no puedo dejar de insistir en que la educación para la paz es un eje transversal en todos los sentidos y requiere ser asumida, por tanto, como parte evaluable del aprendizaje: valores, habilidades y disposiciones para el diálogo, la no violencia, el reconocimiento del otro y la corresponsabilidad, desde los ejercicios o proyectos más cotidianos en donde se incorpore una perspectiva de derechos humanos y se conciba la paz como derecho humano también, incluso como una cuestión de supervivencia humana.

Incluir en el currículo, desde la pertinencia de la investigación y el trabajo colegiado de manera creativa, la educación para la paz es un reto que tiene la Universidad como institución o instituciones. Las universidades son un laboratorio social, por tanto, su fortaleza para cambiar o apostar por una cultura de paz es relevante. Se puede lograr mucho. Los diagnósticos disponibles en distintas universidades muestran que, con frecuencia, las instituciones implementan esfuerzos importantes, pero estos no han sido prioritarios. De ahí la relevancia de impulsar una transversalidad con estructura, metas y seguimiento, capaz de incidir en la formación de ciudadanía participativa y en el fortalecimiento de las condiciones de convivencia dentro y fuera de las instituciones educativas.

En el plano de la gestión, la cultura de paz se construye mediante estrategias institucionales que sostienen prácticas. Esto implica crear y consolidar mecanismos de mediación y atención, rutas de acompañamiento y espacios de deliberación que operen en la vida universitaria. A la par, supone comprender que la paz en el ámbito universitario también se juega en el ecosistema comunicativo: en cómo se informa, se representa, se nombra y se escucha o se invisibiliza, se discrimina, se excluye. La comunicación —y aquí el diseño resulta decisivo— puede reproducir estigmas y exclusiones o bien habilitar el derecho a la interlocución, promover el reconocimiento y abrir lenguajes para tramitar el desacuerdo sin anular al otro. Por ello, comunicar y gestionar para la paz no se reduce a campañas; se entiende como una

orientación ética y metodológica para diseñar mensajes, entornos y experiencias que cuestionen la violencia cultural y simbólica y propongan alternativas de sentido que rompan ciclos de discriminación.

En este marco la investigación académica, trabajo colegiado y gestión institucional como un ciclo de construcción estratégica es relevante. La investigación aporta diagnósticos y problematizaciones: permite identificar cómo se produce la violencia en el plano cultural, cómo operan los medios y las imágenes en la naturalización de prácticas dañinas, y qué grietas existen para intervenir desde el diseño y las humanidades. El trabajo colegiado, en un cuerpo académico orientado al diseño social, convierte esos hallazgos en metodologías, prototipos, productos, textos y experiencias formativas: no solo estudia la paz, sino que ensaya dispositivos comunicativos y pedagógicos para hacerla practicable. La gestión institucional, finalmente, vuelve posible lo anterior: asigna recursos, formaliza rutas, articula dependencias y garantiza la continuidad más allá de las coyunturas. Así, las tres dimensiones dialogan cuando quienes dirigen no reemplazan la investigación, sino que la institucionalizan; cuando el trabajo colegiado no opera de forma aislada, sino como motor de implementación; y cuando la investigación no se queda en el diagnóstico, sino que se traduce en el diseño de intervención.

3. En su experiencia, ¿cuál es el papel específico que desempeñan las humanidades, las artes y el

diseño en la construcción de cultura para la paz, en comparación con otros enfoques más tradicionales vinculados a la seguridad, la normatividad o la resolución de conflictos?

El papel específico de las humanidades, las artes y el diseño es insustituible. Frente a enfoques centrados en la seguridad, la normatividad o la resolución de conflictos, estas áreas actúan sobre el estrato en el que las violencias se vuelven tolerables: el de los símbolos y las narrativas (violencias simbólicas). Las humanidades aportan lectura crítica, historicidad, ética pública y capacidades deliberativas; las artes abren experiencias sensibles que habilitan la empatía y la imaginación; y el diseño opera como mediación entre contextos y públicos, transformando lenguajes, representaciones y prácticas comunicativas. En suma, si la violencia cultural y simbólica se transmite a través de imágenes y relatos, es ahí donde el diseño, las artes y las humanidades pueden desmontar su eficacia y construir nuevos repertorios de convivencia.

Planteo que el papel específico de las humanidades, las artes y el diseño en la construcción de cultura para la paz consiste en actuar en los niveles cultural y simbólico donde se forman y se normalizan las violencias. A diferencia de los enfoques más tradicionales —centrados en la seguridad, la normatividad o la resolución procedimental del conflicto—.

Desde esta perspectiva, las humanidades aportan herramientas para comprender la estrecha relación entre lenguaje y cultura, así como los mecanismos mediante los cuales una sociedad transmite valores, visiones del mundo y formas de relación. Esto permite identificar como opera la violencia simbólica y como ciertas desigualdades o exclusiones llegan a asumirse como “naturales” a través del poder de los discursos y de los marcos interpretativos dominantes. Las artes, por su parte, activan una dimensión creativa, sensible y poética que abre posibilidades de relectura y resignificación: cuestionan lo dado, desautomatizar percepciones y contribuyen a generar disposiciones empáticas y no violentas en la convivencia.

El diseño —especialmente el diseño de la comunicación— se entiende como una mediación estratégica porque trabaja directamente con signos y símbolos que influyen en la forma en que las personas perciben su entorno y, por tanto, en como actúan y se relacionan. Su contribución a la cultura de paz consiste en “poner en común” significados para impulsar cambios culturales y promover formas de comunicación eficaces que no recurren a la violencia como recurso. En ese marco, el diseño orientado a la paz busca reemplazar la violencia cultural y simbólica por el poder comunicativo y por acciones que favorezcan la justicia social, la equidad y la convivencia, incorporando además una perspectiva de derechos humanos que reconozca la interlocución y la dignidad de los grupos en situación de vulnerabilidad.

4. Entre 2022 y 2025, usted ha impulsado la colección editorial de Cultura para la Paz, con un enfoque interdisciplinario. ¿Qué significado tiene la producción académica y editorial como herramienta para consolidar la cultura de la paz en las instituciones de educación superior y proyectarla socialmente más allá de las aulas?

La producción académica y editorial se asume como una infraestructura de institucionalización relevante, porque da cuenta de la generación de conocimiento en el área y de los avances como comunidad crítica en el tema. La colección editorial orientada a Cultura para la Paz, con énfasis interdisciplinario, tiene valor porque fija marcos comunes, consolida la memoria institucional y proyecta socialmente el trabajo universitario. Publicar no es solo difundir; es estabilizar conceptos, metodologías y experiencias que permiten la continuidad, la formación de capacidades y la apropiación social del enfoque, en este caso, el de la cultura de paz como una acción institucional de gran importancia. En una obra colectiva que articula humanidades, artes y diseño, la universidad reconoce que la cultura de paz no se construye desde una sola disciplina, sino a partir de la convergencia de miradas capaces de intervenir tanto en la comprensión del conflicto como en sus mediaciones culturales.

5. Desde su perspectiva, ¿por qué es fundamental que la cultura para la paz se asuma como un programa institucional transversal, presente tanto en la gestión universitaria como en los planes de estudio, en las prácticas docentes y en la investigación, y no únicamente como una iniciativa aislada o de corto plazo?

Sostengo que la cultura de la paz debe asumirse como programa institucional transversal, porque su objeto no es una actividad puntual, sino un modo de habitar la universidad y de su vínculo con la sociedad. Los retos para las universidades públicas mexicanas y latinoamericanas son claros: evitar la fragmentación de acciones aisladas, enfrentar la naturalización de las violencias simbólicas y sostener procesos formativos de largo alcance, con evaluación y recursos. La oportunidad, a la vez, es enorme: la universidad posee el capital intelectual, ético y creativo para articular modelos de transversalidad, generar dispositivos de mediación, formar comunidades dialógicas y producir una comunicación responsable. Hay que asumir una lógica de doble anclaje: rigor conceptual e implementación verificable. Es decir: diagnosticar, diseñar, institucionalizar, evaluar y publicar; sostener la paz como práctica cotidiana y como horizonte de formación, para que deje de ser un ideal enunciado y se convierta en una realidad construida colectivamente. Ese es uno de los retos de la Universidad en el contexto de la cultura de paz.

6. ¿Qué retos y oportunidades identifica hoy para las universidades públicas mexicanas —y latinoamericanas— en la consolidación de programas de cultura para la paz, y qué recomendaciones daría a las comunidades académicas interesadas en impulsar este tipo de proyectos desde las humanidades, las artes y el diseño?

Esta pregunta es una conclusión de todas las anteriores, por lo que puedo decir que: diseñar y consolidar programas de cultura para la paz en las universidades públicas mexicanas y latinoamericanas implica reconocer que la paz, se construye en la vida cotidiana institucional: en las formas de relacionarnos, de convivir —vivir-con—, en las decisiones de gestión, en las prácticas docentes y en el sistema comunicativo que nombra, visibiliza o excluye o estigmatiza. Desde esta comprensión, los retos actuales se ubican tanto en el plano estructural como en el cultural. Persiste una fuerte resistencia a incorporar la educación para la paz en el currículo como eje transversal evaluable y no como actividad extraordinaria; a ello se suma que, aun cuando existen esfuerzos relevantes, con frecuencia no han sido prioritarios ni se articulan en modelos con metas, seguimiento e impacto sostenido. En paralelo, se mantiene la naturalización de violencias culturales y simbólicas —por ejemplo, aquellas asociadas a jerarquías históricas y a estructuras como el patriarcado— que ope-

ran a través de discursos, imágenes, hábitos y dinámicas de poder que pueden invisibilizar, discriminar o excluir dentro de la propia comunidad universitaria. En este contexto, la cultura de paz enfrenta un desafío decisivo: pasar de la intención a la implementación verificable, con recursos, rutas institucionales y mecanismos que sostengan prácticas y no solo enunciados.

Al mismo tiempo, las universidades públicas cuentan con oportunidades estratégicas para replicar en otros ámbitos sociales. Son, por definición, un laboratorio social: espacios donde convergen la pluralidad, el conflicto, la producción de conocimiento y la formación ciudadana. Poseen capital intelectual, ético y creativo para traducir la cultura de paz en diseños curriculares, metodologías, dispositivos pedagógicos y políticas institucionales que transformen las causas —no solo los síntomas— de la violencia. Además, al integrar humanidades, artes y diseño, la universidad puede intervenir en el estrato en el que la violencia se vuelve tolerable: el de los significados y las narrativas. Las humanidades aportan lectura crítica, historicidad y ética pública; las artes abren experiencia sensible, empatía e imaginación; y el diseño, como mediación, permite “poner en común” signos y símbolos para reconfigurar representaciones y prácticas comunicativas, promoviendo la justicia social, la equidad y la convivencia. Esta convergencia ofrece una vía clara para incidir tanto en los espacios universitarios como en la proyección social de la universidad.

Con base en lo anterior, las recomendaciones para comunidades académicas interesadas en impulsar proyectos de cultura de paz desde humanidades, artes y diseño pueden sintetizarse en una lógica que implica: realizar diagnósticos situados sobre conflictos, violencias simbólicas y dinámicas de exclusión; diseñar intervenciones pedagógicas, comunicativas y organizacionales con enfoque de derechos humanos y reconocimiento de la interlocución, especialmente de grupos en situación de vulnerabilidad; institucionalizar mediante estructuras de gestión que sostengan prácticas (mecanismos de mediación y atención, rutas de acompañamiento, espacios de deliberación, y articulación interdependiente entre currículo, gestión, vida cotidiana y vinculación); evaluar con metas, indicadores y seguimiento para evitar acciones dispersas o de corto plazo; y publicar y socializar resultados para consolidar memoria institucional, continuidad y apropiación social del enfoque. En suma, el reto es sostener la paz como práctica cotidiana y horizonte formativo permanente, para que deje de ser un ideal enunciado y se convierta en una realidad construida colectivamente desde la universidad pública.

Son muchos los retos que enfrenta la universidad pública, pero en materia de educación para la paz y cultura de paz, el camino hacia la paz es una de las respuestas.



Dra. María Gabriella Villar García. Profesora investigadora de tiempo completo en la FAD de la UAEM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, con Perfil deseable PROMEP (SEP). Doctora en Ciencias Sociales, Maestra en Estudios para la Paz y el Desarrollo con énfasis en comunicación, Licenciada en Diseño Gráfico con Especialidad en Publicidad. La línea de investigación que trabaja estudia y analiza la imagen desde su contexto socio-cultural, en el diseño y la construcción social de identidades desde la diversidad cultural para el desarrollo social. Ha participado en diversas publicaciones nacionales e internacionales, así como la impartición de conferencias en ambos ámbitos.

COLECCIÓN



Colección: Construyendo una Cultura de Paz desde las Humanidades, las Artes y el Diseño

María de las Mercedes Portilla Luján
Alma Elisa Delgado Coellar
Daniela Velázquez Ruiz
[Coordinadoras]

Disponible:
<https://masam.cuautitlan.unam.mx/seminarioarteydiseno/publicaciones/>



Escanéame